

METAPOLIS. LA CIUDAD VIRTUAL

Los artículos que reúne este volumen presentan perspectivas diversas sobre un objeto común: el fenómeno de la ciudad virtual; la esencia de la ciudad en la época de la deconstrucción, con la imposición del modelo textual; la posición aporética de la ciencia ante la pérdida del referente de la realidad común; el pensamiento que surge de las ruinas del muro de Berlín, ciudad paradigmática del nuevo orden postideológico: el curso de la historia.

Metápolis: la ciudad deconstruida es un intento de seguirle el rastro al Ser desde el punto de vista de la estética. Así, si la antigüedad clásica fue la época de la estética de su aparición y la época moderna lo fue de su representación, en la actualidad viviríamos bajo la estética de su desaparición. Lo mismo en arte que en metafísica, los antiguos esculpieron y cincelaron la materia para que dejase aparecer lo que ocultaba en su interior, ya fuese esto una estatua en el caso del mármol, ya fuese el ser mismo en el caso de la palabra. Los modernos, en cambio, a partir de san Agustín, se contentan con su percepción, inaugurando la era de la representación.

5

Lo visual alcanza su mayor apogeo y se convierte en paradigma epistemológico. Pero al propio tiempo que se enfatiza la visión, dos efectos ocurren inevitablemente: en primer lugar, la visión lo es siempre de y para alguien, siendo ese alguien conciencia o sujeto, que a la fuerza asumirá entonces todo el protagonismo; en segundo lugar, lo representado se convierte en problemático, dado el carácter ficticio de toda representación.

Ha nacido el problema de la *realidad*. Ésta no es ya el suelo matriz que nos aloja sino una dudosa quimera del lado de allá de los límites de la conciencia del sujeto, convertido en único fundamento posible. Sólo queda, pues, disolver o deconstruir ese mismo sujeto para hacer nacer la época del fragmento, la postmodernidad, como momento de la desaparición: naufragio del que han de emerger como restos flotantes, los individuos frente a lo que era la ciudad, los textos frente a lo que fue el saber y la palabra.

De la habitabilidad, relaciones entre ética y literatura en la Ciudad del Espejo se pregunta qué es la ciudad, o qué debería ser en la época de la deconstrucción, de las redes de información, partiendo de planteamientos más éticos que estéticos. La ciudad, que había sido creada como un espacio para la habitabilidad, ha dejado de ser el lugar para el desarrollo de la virtud a medida que los conceptos han dejado de reflejar una realidad exterior a ellos para transformar lo real en texto.

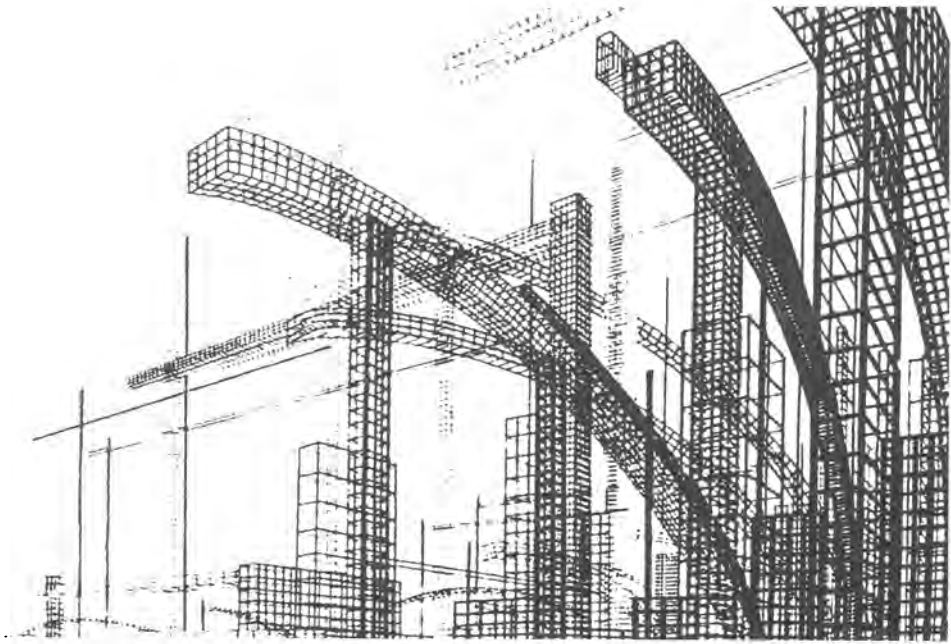
¿Puede ser repensada la ciudad como lugar del habitar humano desde la literatura? Responder a esta cuestión es uno de los objetos de este escrito, y con esa pretensión analiza la evolución del lenguaje de la ética en relación a su uso metafórico, desde Parménides y la división de los géneros, —de la narración al discurso decisorio—, proponiendo nuevos caminos para la expresión y constitución de formas de hablar en ética, pues ya sabemos que en ella sólo cabe inventar.

Las aporías de nuestra imagen de la realidad define la situación actual de la ciencia como aporética. A través de cinco acontecimientos científicos recientes, muestra cómo la ciencia ha llegado a una situación de perplejidad ante su propio estatuto y ante su propia capacidad explicativa de las apariencias. El teorema de Gödel, la teoría de la relatividad de Einstein, la biología molecular después de Watson y Crick, la mecánica cuántica y la máquina de Turing, mostrarían cómo la ciencia ha llegado a topar contra lo que parecen ciertos límites no sólo internos, es decir, referidos a su propia formalidad, sino también externos, es decir, referidos a su capacidad heurística y explicativa.

6 *Berlín 1989: el ocaso de lo postmoderno* busca concretar las reflexiones sobre ciudad y realidad en el caso de una ciudad emblemática por los acontecimientos que supusieron la señal última del fin de los procesos de ideologización que aún orientaban la condición postmoderna. La nueva ciudad que nace de las ruinas del muro se identifica con el mundo unificado por los medios de información y comunicación. Pero fundamentalmente, es la ciudad del pensamiento único, rúbrica bajo la que se recogen fenómenos muy diversos, que van desde la imposición de lo *políticamente correcto* hasta el predominio de una ética mundial postcapitalista.

Desde ese punto de vista profundiza en la descripción de la mundialización a la que estamos asistiendo. Describe cómo en los últimos tiempos el poder económico ha ido tomando ya casi por completo el terreno del poder político, configurando un mundo en el que las decisiones competen a las empresas y las grandes compañías mientras el poder político se desvanece ante ellas. Muestra así cómo la mundialización ha tenido mucho de colonización, de abolición de las diferencias y de aniquilación del *otro*. Al hilo de los análisis de Alain Touraine, propone entonces una redefinición del término *ilustración*, de modo que se posibilite el recuperar algunos de los ideales políticos por la vía de la racionalidad. Distinguir entonces claramente entre el ámbito de lo *único* y el de lo *común* sea quizá la única vía para plantear posibles alternativas.

La Deconstrucción en la estética neobarroca señala algunos de los procesos formales de la posmodernidad a través de los paradigmas arquitectónico y urbano que se verifican en el contexto estético de la inhospitalidad, la incertidumbre, la abstracción y la deformación.



Axiomas del crepúsculo

7

Como bien es conocido el discurso formal de la arquitectura occidental se construye sobre un parámetro lineal que es el *tiempo*, a diferencia de las culturas occidentales, el tiempo en occidente sigue operando sobre el espacio [El Monasterio de El Escorial (*versus*) Templo Japonés].

El factor tiempo resulta un parámetro fundamental para el entendimiento de la crisis que sufre el espacio de la arquitectura en occidente. La necesidad de brevedad temporal que imprime la sociedad al acelerar los tiempos del consumo, reclama cambios de imagen. La fugacidad en el diseño de los objetos viene marcada por la aceleración de tiempos, circunstancia que imprime un carácter de obsolescencia prematura al objeto, de tal manera que apenas tocados o usados dejan de tener vigencia; sin duda esta nueva dimensión del tiempo alcanza al espacio de la arquitectura.

Las formalizaciones que propone el «epigonismo» más radical, responden tanto por lo que se refiere a sus materiales como a sus formas arquitectónicas a una temporalidad muy concreta, que vienen ligadas a la familia de artefactos del «orden consumista» y en estrecha relación con los restantes «repertorios simbólicos» que la acompañan: moda, música, literatura, diseño de mobiliario y objetos en general.

Por cuanto se refiere a la arquitectura se trata de organizar el proyecto y su construcción, tratando de encontrar las formas de una arquitectura formalizada dentro de un repertorio de valores caracterizado por el *signo-imagen*; su mensaje debe ser reconocido, no importa con qué materiales. La opacidad o transparencia de los materiales de su construcción se reducen a nada: soporte de papel prensado, «mur-rideau» o plástico. Esta fragilidad de la materia con la que se simula el espacio, viene en parte justificada porque el soporte material sobre el que se construye el espacio contemporáneo tiene una naturaleza lábil y de constantes cambios, participa de lo que podríamos encuadrar en una «topología electrónica». La representación de la ciudad contemporánea ya no necesita de la fachada en piedra ni de los arcos de triunfo. La arquitectura urbana se abre a una nueva dimensión espacio temporal, al *espacio-tiempo tecnológico*. La escenografía para los nuevos ritos del «nómada telemático» de nuestras sociedades avanzadas, no requiere de soportes rígidos y de una larga durabilidad. La cronología de lo que sucede se inscribe en tiempos que se manifiestan instantáneamente, de tal manera que el *tiempo* se transforma en *superficie*. «Gracias al tubo catódico, al material imperceptible, las dimensiones del espacio quedan ligadas a la «vitesse» de su transmisión.» Los *inmateriales* se transforman en los elementos espaciales que configuran el monumento de nuestra época.

No hay duda que la arquitectura del *postmodernismo*, *neo-moderno* o la nueva abstracción, se presentan como términos indecisos y de «nomenclatura ambigua», se precisa de una espacialidad sometida a unos cambios radicales por la presencia de los *inmateriales* en la sociedad telematizada. El ejercicio que realizan estos arquitectos postmodernos refleja con nitidez el cambio provocado por este penúltimo episodio de la revolución industrial acelerada. por eso, el proyecto que reflejan los dibujos de estas arquitecturas, puede ser alterado en su imagen mediante yuxtaposiciones, analogías, contrastes, adulteraciones formales y distorsiones espaciales, porque todo es intercambiable en la nueva realidad *espacio-temporal* de la telemática; materiales, texturas y formas aleatorias.

Todo para la nada, por desconocer, como escribe el filósofo E. Lledó, «que junto al arco bien resuelto y pulcramente levantado se inicia el derrumbe de otro; para no oír las voces de quien tal vez pudiera avisarnos de esta suprema ignorancia... Queda eso sí la choza incrustada en el todavía brillante muro, el juego dorado del quehacer inmediato, de la cotidiana vanidad, el regreso al voluntarismo inconsciente...»

«No es la ciudad que se extiende tras la torre, la que da cobijo a los hombres, sino esta enorme masa inútil, esta herida en el espacio, que lo agrieta y corroe...»

Cómo entender que, «el destino humano, ocupa este conglomerado sin raíces, esta ciudad imposible, clavada en los hombros de los que la construyen. No puede servir de cementerio flotante esta estructura en la que se suman todos nuestros errores y claudicaciones». La arquitectura que postulaba la modernidad aspiraba a configurar un método que permitiera regular una norma para el habitar desde los códigos de unas *formas absolutas*. El conjunto de epifenómenos plásticos en torno a estas arquitecturas fin de siglo, resulta de la constatación explícita de que este método de dominación formal para construir los espacios de hoy, se transforma en verdaderas construcciones de lo *pintoresco*, ingrediente formal que legitima el *kitsch*. La arquitectura en un principio nunca se llegó a entender como un arte de representación, a diferencia de otras artes, tal vez por eso la demanda de representación gráfica por la que discurre hoy el proyecto arquitectónico, señale con manifiesta evidencia la dificultad de *pensar* en arquitectura, ligada siempre a los itinerarios del *laberinto* y también a *expresarse* por medio de la materia, proceder, emparentado como se sabe, con la stirpe de los semitas, empeñados en seguir la aventura de alcanzar el «conocer» una vez concluidas las obras de la *torre de Babel*.

El viejo oficio de la arquitectura, es la síntesis de una *técnica* que edifica el espacio y de un *arte* que pretende resolver el *enigma del lugar* donde habita el hombre. En tal *síntesis* y en el *modo racional* de su respuesta, se decide si la arquitectura de nuestro tiempo puede ser capaz de aspirar a construir el *lugar ausente* que llena los vacíos de nuestro entorno, una vez que los epígonos han hecho evidentes los *axiomas del crepúsculo*.

Antonio Fernández-Alba